

Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez
Edición conmemorativa de la Real Academia Española (Editorial Santillana, 2007)
Presentación en conferencia de prensa por Mercedes López-Baralt
Sede de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española
San Juan de Puerto Rico, 1 de noviembre de 2007

La Real Academia Española de la Lengua, de la mano de la Asociación de Academias de la Lengua, acaba de dar a la luz en Santillana su edición conmemorativa de la más celebrada de las novelas latinoamericanas: Cien años de soledad, que acaba de cumplir cuarenta años. Quisiera ponderar brevemente la importancia de este evento editorial.

Cien años de soledad es el clásico por excelencia de nuestras letras, como lo es el Quijote para la española. Claro que ambos son también clásicos de la literatura universal. ¿Y qué es un clásico? Una obra aclamada por lectores, críticos y escritores, y cuya belleza, cuya capacidad de sugerir múltiples niveles de significación, garantizan su persistencia a través del tiempo y el espacio. Cien años de soledad ha sido traducida a más de cuarenta lenguas y ha sido leída por millones de lectores en su aun joven edad. Sin titubear, podría aplicársele aquella frase de un personaje del Quijote, Sansón Carrasco, cuando en la segunda parte de la novela, comenta las razones del éxito de su primera parte: “Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran”. Es decir, que el Quijote apela a un público amplísimo que la saborea según su edad, su experiencia, su cultura y su sabiduría. Lo mismo sucede con Cien años, que es manjar a la vez para el más sabio de los eruditos como para el lector joven o inexperto, pues su riqueza significativa invita a cada lector a hacerla suya a su manera. Prueba de ello es que la novela, que ya tiene un ingente corpus crítico, también es tema de la cultura popular: una cumbia sabrosa que suele tocar Pijuán con su sexteto canta las aventuras de los Buendía, con el pegajoso estribillo de “Mariposas amarillas, Mauricio Babilonia”.

Como bien lo ha dicho el más universal de los novelistas peruanos, Mario Vargas Llosa, Cien años de soledad es una novela totalizadora. Cuenta la historia de América Latina, pero a la vez, cuenta la historia de la humanidad. Aparentemente sencilla y profundamente ambigua, su final es un homenaje cervantino a la libertad del lector. El apocalipsis acaba con Macondo y la estirpe solitaria de los Buendía, pero el lector – porque la obra lo permite – puede optar por dos interpretaciones diversas, contradictorias y a la vez legítimas, de este final (en un diálogo de

1967, Vargas Llosa defendió una y García Márquez la otra, pero las dos son igualmente válidas). La primera es la más obvia: el ser humano está marcado por la soledad, desde que nace hasta que muere. La segunda inserta a Cien años de soledad en la tradición utópica de América Latina, iniciada desde el descubrimiento en las crónicas de Indias que culminan en los Comentarios reales del Inca Garcilaso, retomada a fines del siglo diecinueve por José Martí, y que revive con fuerza en el veinte en las voces de Carpentier, Ernesto Cardenal, Neruda, Octavio Paz, Arguedas y Eduardo Galeano. Si el tiempo en Cien años es fundamentalmente cíclico, típico de las sociedades tradicionales que viven el mito, podemos inferir que al terminar su paso por la tierra una humanidad solitaria, le toca ahora el turno a una nueva humanidad, esta vez solidaria.

Ahora bien, ¿qué aporta esta nueva edición de Cien años a cargo de la Real Academia Española y de la Asociación de Academias de la Lengua Española? Debo recordar aquí, antes de contestar esta pregunta, tres ediciones fundamentales de la novela. La primera - la edición príncipe - se publicó en Buenos Aires en Editorial Sudamericana en mayo de 1967, con un galeón perdido en la selva como portada. La segunda, de la misma editorial, vio la luz en junio de 1967, y lleva la portada más conocida, con figuras evocativas de barajas y la E de la palabra *soledad* del título, invertida, a mi parecer a propósito, como alusión oblicua al carácter especular de la novela (recordemos que Macondo es la ciudad de los espejos, que la historia comienza cuando Aureliano Buendía descubre de niño el hielo, y que el relato se narra dos veces de manera simétrica). La tercera edición importante de Cien años es la que preparó Jacques Joret para Cátedra en 1984. Se trata de la primera edición anotada de la novela.

Ahora tenemos otra edición fundamental de Cien años de soledad, la de las Academias de la Lengua, publicada en este año de 2007, tres años después de la publicación del otro gran clásico hispánico que es el Quijote. La portada, hermosamente sencilla, tiene su mensaje subliminal: una guirnalda de hojas verdes la enmarca, evocando quizá la primera novela de García Márquez, La hojarasca, de 1955, que junto a otras de sus primeras obras le sirvió de taller de escritura que habría de prepararlo para la redacción de su “opera magna”. He dicho que la guirnalda de hojas verdes enmarca la portada, pero me quedo corta: más que enmarcarla, la invade, aludiendo así críticamente a la selva que emerge en las primeras páginas de Cien años y que es tópico literario ya arquetípico de nuestras letras, desde que el loco de Lope de Aguirre la atravesara por las aguas del río Marañón en 1561 (me refiero al famoso autor de la carta a Felipe II, en la que le anuncia que con un puñadito de soldados se separa de la Corona), hasta novelas

inolvidables del siglo veinte como La vorágine, de José Eustasio Rivera y Los pasos perdidos, de Alejo Carpentier.

Las aportaciones de la edición que presentamos hoy son múltiples. En primer lugar, está corregida, filtrada de erratas y avalada por su propio autor, un lujo del que pocos clásicos han gozado. Incluye ensayos importantísimos, que van desde la perspectiva crítica hasta la personal. Doy noticia de varios de ellos. El primero es el del novelista colombiano Alvaro Mutis, el autor de Iona llega con la lluvia, y uno de los mejores amigos del Gabo, quien ve en la obra “una sustancia mítica”. El ensayo de Víctor García de la Concha, Presidente de la Real Academia Española, gira en torno a dos declaraciones contundentes de García Márquez. La primera dice: “Macondo, más que un lugar en el mundo, es un estado de ánimo”. El de la nostalgia, se apresura a añadir García de la Concha. La segunda declaración versa sobre la poeticidad de la novela: “Siempre me propuse que el libro tuviera un valor poético más que narrativo”. Por su parte, el más importante de los comparatistas hispánicos, Claudio Guillén, quien afirma en su ensayo que, por sus repeticiones, “la novela rima con ella misma”, se ocupa, entre otros temas, de la hipérbole, manifestación del carácter libertario de la novela, y “con la que se describe mejor una realidad desbordante, sin cercas ni barandillas”. Con su humor habitual, Claudio cita a su padre, el recordado autor de Cántico, Jorge Guillén, quien sintetiza de una pincelada la importancia de García Márquez: “Escribe como Dios”. En su ensayo, el novelista nicaragüense Sergio Ramírez ve en la novela un atajo de la imaginación en el camino de la verdad. La edición que nos ocupa también incluye un fragmento del más celebrado de los ensayos críticos en torno a Cien años: Historia de un deicidio, de Mario Vargas Llosa. Para el autor de El paraíso en la otra esquina, Cien años de soledad “es una novela total, en la línea de esas creaciones demenciales que compiten con la realidad real de igual a igual. [...] Esta totalidad se manifiesta ante todo en la naturaleza plural de la novela, que es, simultáneamente, cosas que se creían antinómicas: tradicional y moderna, localista y universal, imaginaria y realista. [...] Pero Cien años de soledad es una novela total sobre todo porque pone en práctica el utópico designio de todo suplantador de Dios [se refiere al escritor]: describir una realidad total, [...] un mundo cerrado [...], irrepetible y autosuficiente”.

Como si todo lo ya dicho fuera poco, la edición de las Academias incluye un árbol genealógico de los Buendía. Para concluir, quiero destacar un hecho que parece simple, pero que

es fundamental para los lectores. Esta nueva edición de Cien años de soledad es, con todo y su aparato crítico, una edición popular, clara, manejable, hermosa. Los invito a todos a disfrutarla.